



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(El Doctor Thebussem.)



—Se necesita talento  
para adquirir nombre y fama  
juntando *menus* y sellos  
en la Huerta de Cigarra!

## SUMARIO

**TERRA:** De todo un poco, por Luis Taboada.—Un caso raro, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por *Clarín*.—Protesta, por Luis de Ansoarena.—Desequilibrados, por Eduardo de Palacio.—Vía libre!, por Sinisio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

**GRABADOS:** Instantáneas: El Doctor Thebussem.—La duda eterna.—Problema.—Sábado de Gloria (cuatro viñetas).—Términos jurídicos (seis viñetas), por Cilla.



## DE TODO UN POCO

Las de Cateto han decidido pedir este año en la capilla del Cristo de la Salud, porque tienen ropa adecuada y porque cuentan con numerosas relaciones, que han de contribuir seguramente a aumentar los fondos de la bandeja.

Hace mucho tiempo que doña Severina, Cateta madre, desea

figurar en una mesa de petitorio, porque es lo que ella dice:

—Nosotros, a Dios gracias, estamos en buena posición y tenemos las prendas necesarias para poder presentarnos en público. ¿Por qué no hemos de pedir en una iglesia decente, como hacen otras?

Cateto, el esposo, es hombre modesto y enemigo de figurar; pero no consigue nunca que prevalezca su opinión en aquella casa. Alguna vez ha querido imponerse con buenas razones; pero le ha contestado su mujer:

—Mira, Filomeno, tú no entiendes de estas cosas. No te lo notarás, pero eres un hombre muy ordinario. El otro día, cuando estuvieron aquí las de Rutilanchas, te pusiste a cortarte los padrastros delante de ellas, y a mí un color se me iba y otro se me venía, porque sabe Dios lo que habrán ido diciendo de tí.

—Bueno, mujer, por eso no hemos de regañar.

—Yo tengo mucho empeño en que nuestras hijas brillen, y he decidido llevarlas a la mesa de petitorio; pero vas a hacerme el favor de no aparecer por allí, porque tienes ese gabán que da rabia verlo. ¡Jesús! ¡Qué manchas más indecorosas!

Las dos hijas de los señores de Cateto han enviado atentas invitaciones a todos sus amigos para que acudan a depositar en la bandeja el óbolo de la caridad. Muchos no han contestado; otros han devuelto la invitación diciendo que estaban ausentes, y alguno escribió en esta forma:

«Señoritas de Cateto. Mis distinguidas amigas: Desde el sábado estoy en la cama a consecuencia de un dolor pertinaz que se me ha fijado en un vacío. El médico dice que es flato, pero yo lo atribuyo a una calaverada propia de mi edad. Estando sudando comí ensalada de lechuga, y hoy sufro las consecuencias de mi insensatez.

No quiero dejar de contribuir al socorro de los desgraciados y remito a ustedes la adjunta peseta. Parece falsa por su color, pero es buena. Lo que hay es que la he tenido entre unas píldoras de azufre que estoy tomando por prescripción facultativa, y se ha puesto así.

»Besa sus pies,

ENRIQUETA RINCONCILLO.»

La casa de Cateto está medio revuelta, porque las niñas tienen que vestirse con sus mejores trajes y porque deben almorzar temprano a fin de acudir al templo.

—Isidorita—dice la mamá,—fríégate bien el cuello, que lo tienes muy pardo, y a ver si me arreglas estas ondas de la frente para que no se me deshagan; y tú, Camila, pásales un trapo seco a mis botas de rusel... ¡Ay, qué día de tanto jaleo! Ya sabéis que a las once en punto tenemos que estar en la iglesia, porque empezarán a ir los amigos, y si no nos ven se pueden incomodar... Camila, vécame aquella chambera que tiene un entredós y dile a tu padre

que venga corriendo para que me abroche este corsé, porque vosotras no tenéis fuerza...

Allí todo anda revuelto: sobre una silla vense las medias de D.<sup>a</sup> Severina, y a su lado el bote de la bandolina y una babucha. La otra babucha ha ido a parar al pasillo, en compañía de una bota blanca del Sr. Cateto.

Encima de un baul está el estuche de los pendientes y la caja de los polvos y una jicara con un resto de chocolate procedente del desayuno de D.<sup>a</sup> Severina.

—Vamos, vamos; no os detengáis—dice ésta, dando vueltas por la habitación en paños menores.—¿Te has fregado el cuello, Isidorita? Anda, mujer, que no quiero que vayas así... No nos va a quedar tiempo para almorzar; pero no importa, tomaremos cualquier friolerilla... Que vaya tu padre por un cuarterón de queso manchego y un panecillo. No es cosa de que nos pongamos a freír el bacalao.

Después de muchos trabajos y no pocos gruñidos de D.<sup>a</sup> Severina, y de recomendar a su esposo que no salga de casa hasta que ella vuelva y que cuide de que el gato no se coma las espinacas ni se suba a la consola, la mamá y las niñas toman posesión de sus asientos ante la mesa de petitorio.

\* \* \*

—¿Habrá venido alguna de nuestras relaciones?—dice la mamá. —Todavía es temprano—contesta Camila.

—¿No es Besuguín aquel joven que está junto al confesionario?—pregunta Isidora.

—¡Quiá! Besuguín es más esbelto—replica la hermana.

—Y tiene otra nariz más expresiva—añade la mamá.

Pasan los minutos y los cuartos de hora y las horas enteras sin que se presente un solo conocido, y D.<sup>a</sup> Severina empieza a intranquilizarse.

Por último aparece Besuguín y saluda con un gracioso movimiento de cabeza a sus amigos; después introduce dos dedos de la mano en el bolsillo de su elegante chaleco y deposita en la bandeja una monedita de dos reales.

—Gracias—dice D.<sup>a</sup> Severina sonriéndole cariñosamente.

Y clava los ojos en la moneda.

Besuguín desaparece, y la señora de Cateto dice a sus hijas con acento iracundo:

—¿Sabéis lo que creo? Que esos dos reales son falsos.

—¿Falsos?—exclaman las niñas.

—Sí, los reconozco. Son los mismos que le di yo a él la otra noche, cuando jugamos a la lotería en casa de las de Martínez.

\* \* \*

Ya han terminado los días tristes.

Cuando este número aparezca, habrá resucitado Nuestro Señor, circularán de nuevo por la villa los carruajes y el bacalao se habrá hundido en la oscuridad, de donde no ha debido salir nunca, por más que Muro opine lo contrario.

Esta noche reanudan sus tareas nuestros coliseos, y la gente acudirá a divertirse y a echar en olvido los rigores de la abstinencia. Guardarán de nuevo sus *clichés* los semanarios ilustrados, para darlos a luz el año que viene, y el que ayer oía el sermón con ánimo conmovido y propósito firme de la enmienda, asistirá mañana a la Plaza de Toros, y aun es posible que diga, dirigiéndose a un picador receloso:

—¡Vaya usted al toro, so tumbón! ¡Ojalá te reviente!

Luis Taboada.

\* \* \*

## UN CASO RARO (1)

Cerca de mi habitación vive un señor muy notable, que es enemigo implacable de la santa religión,

y ¡mire usted qué rareza! los detalles de su vida le dan patente cumplida de santidad y pureza.

Y no es que de santidad haga un alarde fingido: todo ello tengo entendido que es pura casualidad.

El hombre vive en unión de doña Rosario Fries.

Tiene, pues, todos los días rosario en su habitación.

Se llama el muy perillán don Santos Capilla y Cruz, y es (porque allí vió la luz) hijo de San Sebastián.

Él, que detesta hondamente las iglesias, es sincero devoto del compañero Iglesias precisamente.

¿Y en su casa? Es un *belén*.

A veces echa sermones a todos, y en ocasiones a todo les dice *amén*.

(1) Del libro en preparación *Casos raros*.

Según su amigo Cornelio,  
don Santos nunca mintió;  
al contrario, todo lo  
que dice es el evangelio.

Vive: calle de Jerez,  
cuatro, tercero derecha.  
De palo santo está hecha  
la mesa en que juega al mus.

No oye misa ni una vez,  
pero á beberla se atreve,  
pues son los vinos que bebe  
los de Misa de Jerez.

Siempre que hay corrida buena,  
es ya cosa averiguada  
que va á la novena grada,  
nunca falta á la novena!

Si se le acaba el pané,  
como es su amigo mejor  
San José el compositor,  
pide amparo á San José.

Cuando tiene calentura  
llama al doctor Sacristán,  
y siempre el pelafustán  
de don Santos tiene cura!

Mas aunque á la iglesia hiere  
con su herética manía,  
es fácil que muera un día  
de un cólico miserere.

¿No es digno, pues, de atención,  
como un caso muy notable,  
este enemigo implacable  
de la santa religión?

Juan Pérez Suñiga.

## LA DUDA ETERNA



—Bueno; ya pasaron los días santos. ¿Y qué hago yo ahora?

## PALIQUE

Agradezco al Sr. Pereira, de *El País*, la espontánea defensa con que me favorece, y tengo el gusto de decirle que sus bien intencionadas advertencias coinciden con los consejos que amigos míos, ilustres en las letras, me dan muchas veces, invitándome á hacer caso omiso, el menor caso que se puede hacer, de todos esos... folclóricos, como diría Chesté, que calumniando á *Clarín* creen poner una pica en Flandes, y sentar plaza de gente conocida (pues gente nueva ya se lo llaman ellos).

Sería orgulloso y antipático alarde, por mi parte, el negar á neteada razón, en absoluto; es posible que yo peque de inocente poniéndome á juzgar á un cualquiera... es probable que á veces tome con calor asuntos que no lo merecen, y que descienda á hablar de escritores y de demasía ruines que solo son acreedores al más absoluto silencio, á perpetuo olvido.

El más y el menos, la falta de tacto que yo pueda tener en esto, no los discuto. No quiero defender mi conducta como impecable; no me defiendo á mí, defiendo al criterio general de mi procedimiento.

Soy demócrata, en literatura también, en el buen sentido de la palabra, y por eso se me ve en las calles y callejuelas de la crítica, como dice Echegaray en el prólogo de un libro mío.

Soy... de la orden de los Menores. Un franciscano del arte, ya que, por culpa de mis pecados, no tengo bastante virtud para ser mejor en cosas de caridad, que son las que más importan.

Voy á explicarme.

Es falsa democracia en literatura el prurito de atacar á los que valen; de gozar buscando defectos á los verdaderos y probados artistas, á los productores de belleza positiva; y defender á los malos, á los adocenados, á los de ciento en boca, á los que no pueden pasar de ochavo. Desde el punto de vista de la producción, el arte es una aristocracia.

Pero queda el público. Y al público se refiere mi democracia artística.

Los que se encierran en la torre de marfil; los que desdennan á la multitud, en cuanto público (no á la multitud que escribe, que esa merece guerra); los que opinan que los malos escritores no causan daño... son los aristócratas del arte con relación al espectador, los malos aristócratas.

La buena democracia en literatura consiste en querer mejorar el gusto del público grande; en no olvidar que hay muchos pobres de gusto y discernimiento, que están muy expuestos á tomar lo mediano y lo malo por bueno. El crítico demócrata no puede ser como el crítico aristócrata, campana de catedral, que solo se toca algún solemne día; el aristócrata vive prescindiendo de los malos escritores, aunque estén pesando por buenos, y sin acordarse de los medianos, aunque el vulgo los proclame excelentes. «La posteridad no sabrá de esa gente; ¿para qué fustigarla? Dejados en paz, que harto castigo tienen en lo efímero de su falsa gloria.»

El demócrata no piensa así. Porque mira por el interés del público actual, que se deja comulgar con ruedas de molino. El público de la posteridad nada tiene que temer del mal gusto de los autores malos de ahora, porque la fama que tienen luego muere; no es el vulgo engañado quien hace las reputaciones que quedan. Pero el público de hoy sí puede recibir muy mal ejemplo con los adelfos ahora aplaudidos.

Y el crítico demócrata atiende á esto, á quitar crédito á quien no lo merece, á defender el buen gusto por amor al público actual, á quien pervierten los malos autores.

Y como en el día, en España particularmente, casi toda la literatura que llega al público grande está ó en el teatro ó en los periódicos, hay que atacar á los malos autores de la escena y de la prensa periódica.

¿Que no hacen daño? Sí, mucho. No á los aristócratas del talento, ni al pueblo del porvenir, pero sí al pueblo de ahora.

No es que se discuta con ellos. Es que se les ataca, que se les critica. Ellos, naturalmente, se defienden, se vengán, injurian, tratan de quitar autoridad á quien los maltrata.

No hay que quejarse de esto.

Se les deja ladrar, y se sigue vapuleándolos, si la oportunidad no pasa; ó se habla ya de otros.

Se lee de ellos, no las contestaciones, no los ataques, sino lo que era necesario corregir, castigar.

A veces sucede que, al querer ellos atacar á quien les prueba su ignorancia, demuestran más ignorancia todavía, ó mala fe, ó todo junto; y entonces puede ser oportuno señalar estos nuevos defectos; no por defenderse, sino por corregir otra vez.

Verdad, Sr. Pereira, que en ocasiones, cuando esos malos escritores pretenden descubrir gazapos de *Clarín*, yo replico para probar que no hay tales gazapos.

Pero no es que me crea infalible.

Ya sé que en mis escritos hay errores, descuidos. Lo sé *a priori*, sin necesidad de ir á buscarlos. Pero es el caso que los gazapos que encuentran esos enemigos apasionados, las más veces no lo son; y puede demostrarseles.

Muchas veces son erratas evidentes; otras, legítimas maneras de decir que no están al alcance de esos pobres diablos.

En algunos casos se trata de insigne ligereza ó clara mala fe de esos Zoilitos.

Y entonces, pero de cien veces una, se defiende uno, si lo cree oportuno. Mas ¡cuántas veces la defensa es facilísima y se prescinde de ella, porque no tome aires de polémica lo que no es más que serie de azotes, y por no cansar al lector con la repetición de un tema!

Ejemplo de esto lo tenemos en la actualidad.

Noté yo en *Gedeón* un elemento espurio, el cuerpo extraño de un pedantueloroso y gaitín, como decimos en Asturias, que se quería hacer pasar por pedazo de sal. Este pedantuelo, este don Nominativo, como llamarán al tal Navarro Ledesma los que hayan leído la *Doña Perfecta* de Galdós, demostraba ser muy mal intencionado y muy irreverente.

Sin justicia, fingiendo defectos en los demás, censuraba con desfachatez irritante á los hombres más ilustres; y siempre enseñaba la punta de la sotana del jesuita. Siempre tiraba á desacreditar á los liberales que se van al bulto de la reacción, á las ideas, no á las formalidades políticas.

Me propuse hacer saltar al prójimo antipático y nocivo; lo conseguí. Firmó en *Gedeón* un artículo amenazado, huero, todo hiel.

y calumnias... y no volví á leer más el *Gedeón* hasta que cesó el jesuitilla de soltar baba.

¿Es esto discutir con ellos?

Ni siquiera vi que el tal *Navarrete* atribuya á mi cuento *Adiós, cordera* palabras que no hay en él, suponiendo *gazapos* que no existen.

Ví un artículo del *Noroeste*, de Gijón, en que se le demostraba la falsedad de su crítica al *Calínez* infeliz, y por el *Noroeste* me enteré de aquellas calumnias literarias, que yo no había deshecho porque no las conocía.

¿Es esto discutir con ellos?

Navarro decía que en mi cuento hablaba yo de *kilos de leche*.

«Mentiras», le dice el *Noroeste*. Y en efecto, no es verdad.

Como no es verdad que yo diga *por ellos*, sino *para ellos*; ni *molida* por las ruedas, sino *metida*, etc., etc., etc.

Todo lo cual puede verse en mi libro *El Señor, y lo demás, son cuentos*, que es donde está el texto auténtico de *Adiós, cordera*, cuyas pruebas fueron corregidas por el autor... hace unos dos ó tres años.

\*\*\*

Y de nada de esto había hablado yo; porque no había leído los falsos testimonios de ese Ledesmita; porque no quería cansar al público con un mismo tema seguido; porque no era polémica aquello, sino azotes que yo daba, no cuando el azotado quería, sino cuando quería yo.

¿Cabe mayor desdén que leer á esa gente unas veces sí y otras

no? Los leo, no cuando me atacan á mí, sino cuando conviene denunciar sus diálatas para que no perjudiquen al público.

\*\*\*

Es claro que para proceder así, se necesite cierto carácter... y estar acostumbrado á oír como quien oye llover á esos desgraciados.

Yo tengo amigos que en las letras significan infinitamente más que yo, los cuales se sienten muy molestados cuando un *chico* de la prensa (de los malos) les dice una desvergüenza, censura sus obras.

Y yo, que valgo infinitamente menos que esos amigos, me río de tales desvergüenzas y censuras cuando yo soy el blanco.

No hago, pues, alarde de abnegación; no me presento como un mártir. Me dedico, á veces, á ese tiroteo menudo, porque los diápatos de esa genticilla no me llegan á la piel siquiera. Si yo tuviera *resquemores* puede que huyera también de la plebe esa.

Disculpo á algunos que hasta adultsn á los *monos sabios* (y maltratan á la pícaro *sociedad*, que no es gaceticillero), y los disculpo pensando que tal vez padecerían horriblemente si los papeluchos, en vez de llamarlos *grandes*, insignes, *esculturales*, etc., etc., los llamasen *inéditos*... como á mí.

Los ataques de la chusma literaria ni me molestan ni espero que me perjudiquen en la opinión de los discretos.

Por eso no hay mérito ni peligro en lo que hago. Pero me lo pide la conciencia.

Clarín.

## Problema.



Un hombre con el traje de carreras ¿es un hombre de veras?

## Protesta.

Bueno... Que sí... Conforme... Está mal hecho que derroche el jornal de esa manera, y que todos los sábados me gaste la mitad, muy corrida, en la taberna. Andar agarradito á las paredes, cosa que me sucede con frecuencia, es impropio de un hombre que se estima y que tiene un adarme de vergüenza. Y peor el llegar á la guardilla con el fin decidido de armar *gresca* si la mujer se enfada porque llevo, en vez de mi jornal, una miseria que no da ni *pa* sopas... Y, por último, acabar con sus llantos y sus quejas de un modo algo brutal... sin que la mano repare nunca el sitio donde pega. ¡No ha de estar mal!... Sereno, soy el hombre más blando y más sensible de la tierra, y arrimo el hombro á trabajar, cual nadie, sin sentir ni cansancio ni pereza. Y quiero á mi mujer... ¡pues ya lo creol... ¡Hombre, tendría gracia no quererla si, á pesar de sus prontos... naturales, resulta una infeliz de puro buena, y me cuida... en domingo sobre todo, como se cuida á una persona enferma! Pero el vino es traidor, y cuando el hombre bebe por distracción más de la cuenta, ya es otro... y se embrutece... y está claro: ¿qué ha de dar sino coces una bestia? Mas es duro... muy duro que la gente mire casos iguales de manera distinta, y cuando el pobre se emborracha, le insulte, le maltrate y le escarneza, y si el rico se achispa, por ser rico, muy poco ó nada de su aprecio pierda. ¿Que no digo verdad?... ¡No he de decirlo! Y á dos pasos de mí tengo la prueba. Cuando vuelvo los sábados á casa me encuentro casi siempre en la escalera al señor del primero... que es un punto de lo más filipino *pa* correrla... Y yo... vengo perdido... ya se sabe, pero él está lo mismo que una cepa, tanto que, muchas veces, yo le ayudo á subir y le pongo ante su puerta, y él me llama su amigo, y como amigo me dá cosas que me dan vergüenza... Pues luego... ¿qué sucede?... Que el portero le saluda y le llama su excelencia, y á mí me empuja *pa* que salga pronto y me dice expresiones muy groseras por mor de este defecto, *pa* el que en vano hago firmes propósitos de enmienda. ¡Y que esto da una rabia! Porque pienso que entre el señor y yo... no hay diferencia, sino es que él se emborracha en el casino, y yo, porque soy pobre, en la taberna, él con *Champán* del caro ó con *Burdeos*, y yo con *peleón* ó *Valdepeñas*, lo cual que, bien mirado, nada tiene que ver, en mi opinión, con la decencia.

Luis de Anorena.

# EL SÁBADO DE GLORIA



-Chico, desde el lunes hay que asistir con puntualidad á clase.  
 -¿Por qué?  
 -Porque en cuanto llega la Pascua de Resurrección se scaban los novillos.



-Pues, la verdad, á mí me cargan los toros. Pero por la primera corrida tengo debilidad... Lo que hay es que llevo así muchos años y nunca encuentro quien me pague el billete.



-Pues, hija, esta semana no puedo darte ni un real.  
 -¿Vamos!; como todas las semanas!  
 -Pero ésta tiene su explicación, mujer. ¿Querías que no fuera á la corrida de inauguración? ¡Pues bueno se pondría Bartolo!



-Al En y al cabo Nuestro Señor Jesucristo subió á la gloria al tercero día. ¡La gloria! Yo llevo veinte años escribiendo poemas preciosos y no la alcanzo nunca!

## Desequilibrados.

Nos llaman «los serenos», pero es un mote mal apropiado, porque, precisamente, marchamos todos desniveleos. (Letra y música de Chueca.)

¿No se sienten ustedes desequilibrados? Pues es la última novedad, la última palabra. Desequilibrado parece que significa un cuerpo que ha perdido el equilibrio.

Pero no es así: el modernismo admite desequilibrados de nacimiento y por convicción y por principios.

Cuando menos lo teme una persona, la declaran «desequilibrada».

Y ya tiene patente de corso para molestar al prójimo.

Ser desequilibrado conocido y reconocido vale más que ser gobernador de provincia de primera clase y que ser concejal de segunda instancia y que ser *tenor* de ópera italiana.

He conocido á varios, de *visu*—también esto del *visu* es palabra indispensable para cualquier escritor que se estime en algo.

Uno de esos desequilibrados anunciaba en algunos periódicos:

«Para los callos—Dirigirse á la cédula de vecindad número 527.007 correo—Remitiendo una peseta en libranza».

Al mes llovían los pedidos.

Cuando hubo recibido buen número de pesetas y sinnúmero de reclamaciones, desapareció de la escena.

Y á nadie engañaba.

Él Remitía á cada peticionario una receta para guisar los callos á la andaluza con el acento de allá.

Otro desequilibrado del todo, ó sea sin dos pesetas ni ocupación definitiva, se empeñó en conseguir un matrimonio ventajoso, y lo consiguió.

La novia era inmensamente rica, y el padre, desequilibrado también, la casó con el otro.

Los hijos de este matrimonio salieron también desequilibrados.

El maestro Chueca fué el primero que habló de esa «enfermedad social».

Solamente que él denominaba á los pacientes «desniveleos».

Digo yo que será lo mismo uno que otro, al poco más ó «memos».

Porque no se sabe dónde acaba el desequilibrio y empieza la imbecilidad.

El desequilibrado así puede hacer de sabio como jugar á la pelota ó como declararse ventrílocuo.

Lo mal es que aquí todos nos desequilibramos y dentro de poco tiempo no se encontrará ni un duro ni una persona que pueda tenerse en dos pies.

Y, por otra parte, ¡con cuánta facilidad se concede el título ó el mote de desequilibrado á cualquiera!

En cuanto no asiente á los disparates de los demás.

Ya es tan corriente eso que varios individuos se le toman. En años pasados la expresión de la superioridad de capacidades eran la *tísis pulmonar*, el *reblandecimiento*.

Ahora apuntamos más alto.

Se oye alguna vez á un sujeto que dice:

—Esta noche estoy desequilibrado.

Así me lo confesaba un amigo del *Kurdistan*.

—¿Qué has bebido?—le pregunté.

—Tres botellas de Jerez y una de aguardiente de Cazalla—respondió, en idioma casi vascuence.

—Pues ya sé lo que te falta para recuperar el equilibrio... estable—le dije.

—¿Qué?

—Dos botellas de aguardiente.

Eduardo de Palacio.

## ¡Via libre!

Aquí, donde vive de prisa la gente y hay que andar á escapacé necesariamente, las autoridades tienen la manía de estorbar el paso cada tercer día.

Cuando las parroquias sacan los pendones, ó forman en fila cuatro batallones, ó se hace cualquiera manifestación, ¡queda interrumpida la circulación!

Basta que el gobierno nos ordene y mande que gocemos todos de una fiesta grande, para que en seguida se despueble el orbe para celebrarla... donde más estorbe.

¿Tocan dos murguistas?

¿Salen tres monagos?

Pues á verlos corren millares de vagos,

y ocupando el centro de la población...

queda interrumpida la circulación.

Por lo visto, somos gente adinerada y ningún vecino tiene que hacer nada, pues si algún iluso quiere ser activo, le detiene el pueblo con cualquier motivo.

Ya porque se mueren nuestros personajes y en el duelo forman cientos de carruajes, ya porque hay *Minerva*, baile ó formación... ¡queda interrumpida la circulación!

¿No es verdad, señores, que no viene á cuento este afán creciente de *amontonamiento*? Porque no es prudente colocar tapones en las grandes venas de las poblaciones.

Viene á ser lo mismo

que si, por pereza,

nos dijese un día

la Naturaleza:

—¡Quietos los pulmones!

¡Paré el corazón!

¡Queda interrumpida la circulación!

la circulación!

Sinesio Delgado.

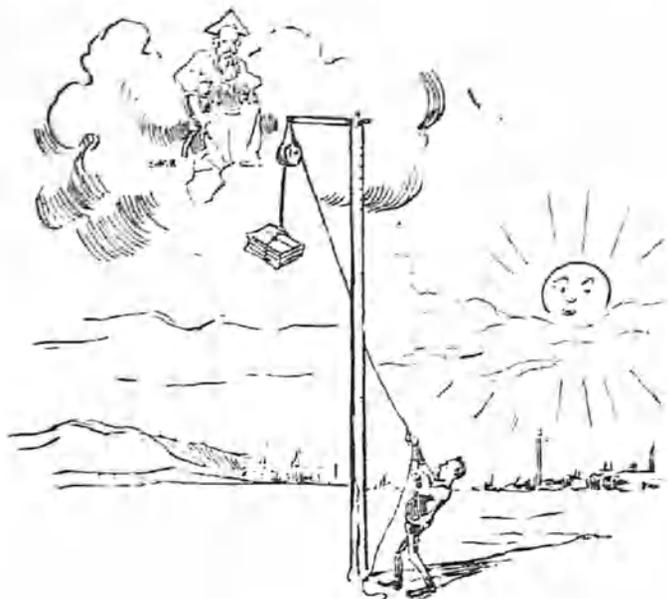
## TÉRMINOS JURÍDICOS



Señores que componen la sala.



Alegato de bien probado.



Elevar la causa.



Condenado en costas



El ponente.



Señores vocales.

## CHISMES Y CUENTOS.

Así como en Francia tienen la idea de una España falsificada á fuerza de guitarras, chaquetillas con alamares, trabucos naranjeros y sombreros de catite, voy empezando á creer que los *reporters* nos mandan una Francia que no es la verdadera.

Porque confieso que me ha pegado á la pared la noticia que ha corrido estos días por los periódicos, referente á la princesa de Caraman-Chimay, ó como se llame, y á su contrata en el teatro de *Folies Bergeres*.

Según los corresponsales, la princesa no hará más que exhibirse en posturas académicas y cobrará por la gracia mil quinientos francos cada noche. Es decir, el jornal de tres mil obreros de los que se están muriendo de hambre en Andalucía.

Verdad es que éstos no tienen otra pretensión que la de labrar la tierra, y aquélla ha empezado por prepararse para el arte dejando plantado á un marido noble para huir con un titiritero trashumante que, á su vez, ha prescindido de su mujer y de sus hijos.

Pero hasta aquí la cosa, vista como negocio, no tiene nada de particular. Lo asombroso es que los parisienses, nacidos y criados en el cerebro de la humanidad, se han arrebataado, sólo por vez á la aventurera escandalosa, las localidades del teatro, pagando á cincuenta francos las butacas y ¡á mil! los palcos.

Repito que estoy por no creer lo que nos cuentan, porque se resiste uno instintivamente á la idea de que, en la capital de la nación más civilizada del mundo, se dé ese espectáculo, que viene á ser la apoteosis del adultorio y de la desvergüenza.

Aunque anda que aquí hemos estado á dos dedos de celebrar la segunda parte del duelo Pini-Thomegueux, una de las manifestaciones más graciosas de la ridiculidad de este fin de siglo.

Por fortuna ambos adversarios se han despreciado mutuamente, y todo se ha reducido á una función de esgrima en un frontón y á otras cuantas, *también de pago*, en alguno ó algunos teatros de la corte.

Como la primera se celebró á beneficio (¡y cómo no!) de la *Asociación de la Prensa*, no hay para qué decir que la mayor parte de mis distinguidos colegas echó las campanas á vuelo y agotó los ditirambos y las exclamaciones de asombro.

—¡Oh! ¡Pini! ¡El gran Pini! ¡La vista de Pini! ¡La elegancia y la seguridad de Pini!...

Y ha habido que leer los párrafos encomiásticos del *noble* ejercicio de las armas que han salido á relucir con este motivo.

Si, si, será muy noble, pero en cuanto se empiecen á dar representaciones á peseta la entrada, va á quedar reducido á una pantomima de circo más pronto que la vista.

Aparte de eso, bueno sería que se convencieran ustedes de que esas declamaciones ampulosas no tienen razón de ser en la época actual.

Porque la razón ya no está en la fuerza ni en la habilidad en el manejo de la espada, la razón está... en la razón.

Harina de otro costal.

Dice *La Correspondencia*:

«Según datos que hemos recogido, en ninguno de los juzgados municipales de Madrid se ha recibido aviso para que asistan el juez ó su delegado á presenciar y levantar actas de matrimonios. Esto de casarse en *mar-tes y día tres* trae escamados á todos los novios.»

Si los traerá. ¿Y á qué no sabe usted por qué?

Pues porque la imbecilidad humana es inagotable.  
¡Cielos, qué sospecha!  
¡Si la raza latina y la media luna estarán llamadas a desaparecer de la  
cultura Europa, como dijo el otro!

\*

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. G.—Pues... efectivamente, no parece que va usted á adelantar mucho por el camino emprendido. Porque es muy mediano todo lo de la nuestra.

Sr. D. J. C.—Barcelona.—Un millón de gracias, mi querido compañero de viaje, y hasta que nos encontremos otra vez por esos mundos. ¿Sabe usted que de las fotografías de Vich no me salió casi ninguna? ¡Claró! ¡Con aquellos endiablados nubarrones!

K. rava. K.—No, no tienen ripios. Lo que tienen los dos primeros es demasiada inocencia, y los dos segundos demasiada picardía. *In mediis consistit virtus.*

Bandurria.—No es de buen gusto, ¡porra!

Sr. D. R. O. S.—Hay el inconveniente de que es fioreo puro, muy á propósito para un álbum, pero no para un periódico festivo.

Zurdaderiamán.—Digo á usted lo mismo que á D. R. O. S.

Sr. D. A. L. A.—Gracias. Se aprovechará algo.

Petitín.—¡Compadre! me parece que se ha ido usted del seguro.

Juan Cornelia.—El asunto no era para tratado tan extensamente.

Un lector.—Agradezco de veras su carta, que demuestra verdadero interés.

Tolih.—Empieza usted el soneto de la siguiente guisa:

¡Como llegué á amarla! ¡Con cuánto ardor!  
y ella tan ingrata y tan pèrvida  
con cuánto engaño me correspondía  
jurándome eterno y sincero amor.

Y como usted comprenderá, la primera condición que necesita un soneto es estar escrito en verso. Pregunte usted á cualquiera, como que no es cosa de usted, y le dirá que las cuatro líneas copiadas no son versos precisamente.

Sr. D. F. S.—Ambas son muy poquita cosa, no por la forma, que no tiene defectos de mayor cuantía, sino por los asuntos.

C. B. D. O.—Eso podrá haber sido verdad, y buen provecho le haga, pero para el resto de los mortales tiene poca miga.

El chiquito de Valladolid.—¿Por qué no sigue usted mi consejo de no escribir hasta dentro de dos años, y emplearlos en estudiar y formarse el gusto? ¿No comprende usted que su sistema no conduce más que á gastar papel y tiempo? Créame usted: se lo digo porque veo que tiene usted afición, y me da lástima que eche usted por mal sendero.

Sr. D. M. C.—Las recomendaciones aquí son absolutamente inútiles. Pruebe usted y se convencerá. El soneto es candoroso también... aunque á usted le parezca lo contrario.

Sr. D. S. C.—Podemos mandar los suplementos á fin de cada año, en que haremos colecciones que se venderán aparte. El asunto de la composición es un poco expuesto, ¿no le parece á usted?

Música clásica.—Es muy vulgar el retruécano, y se ve venir desde el primer verso.

El de Carrión.—No está mal el romance, pero carece de interés el lance.

## PEDID

CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS  
DE MAR Y RÍO  
Y MARISCOS

### Marca LA NOYESA

Galicia, Bordadores, 2.—La Holandesa, carrera  
de San Jerónimo, 7 y 9.—La Francia, León, 23, y  
principales ultramarinos.

## TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.

231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.

GRASES, Fuencarral, 8.

## PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

## MECEDORAS, SOFÁS, SILLAS Y SILLONES

DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

## GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

## CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

# COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

▲ correspondientes y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

▲ los correspondientes, 8 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores correspondientes se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primero derecha;

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambay, calle Ribadavia, 612, Buenos Aires.